

Orgullo Fraterno

Este ensayo profundiza el impacto de la integración en lo social y civil dentro del contexto de la cultura americana estadounidense.

Romano Guardini advirtió, en *The End of the Modern World*, que uno de los rasgos más profundos de la modernidad es el cambio de actitud del ser humano frente a la realidad. El mundo deja de ser contemplado como un orden recibido y comienza a ser tratado como un campo de fuerzas disponibles para la intervención técnica. Lo que antes se conocía para comprender, ahora se conoce para manipular. Lo que antes se contemplaba para participar en su sentido, ahora se analiza para dominar su estructura. Este cambio no se limita a la naturaleza física. Con el desarrollo de las ciencias humanas y las tecnologías sociales, la misma tentación se ha extendido a la persona humana. Allí donde se descubre una estructura profunda de la realidad, surge inmediatamente la posibilidad —y la tentación— de colonizarla.

Guardini vio con claridad que el problema central del mundo moderno no era simplemente el poder técnico, sino la actitud espiritual con la que ese poder se ejerce. El ser humano moderno corre el riesgo de considerar todo aquello que puede comprender como algo que puede dominar. Sin embargo, este principio encuentra un límite absoluto en la persona.

La persona no es un objeto manipulable dentro del sistema de fuerzas del mundo. La persona es un ser que posee interioridad, libertad y vocación de comunión. Por eso, conocer la estructura de la persona, tal cual lo hace posible la integración, no autoriza su dominio, sino que impone una responsabilidad más profunda respecto a su formación. Aquí aparece una de las intuiciones centrales de la filosofía personalista del siglo XX.

En *Person and Act*, Karol Wojtyła mostró que la persona no puede ser comprendida adecuadamente como objeto de análisis externo, sino sólo desde la experiencia interior del acto personal. El ser humano no es simplemente algo que sucede en el mundo; es alguien que se autodetermina y se realiza en la acción, especialmente en la acción que culmina en el amor. Por eso, el conocimiento de la persona nunca puede convertirse legítimamente en una tecnología de control. La persona sólo se realiza plenamente cuando se convierte en don para los demás.

Joseph Ratzinger desarrolló esta intuición desde una perspectiva teológica aún más profunda. Para él, la estructura última de la persona es relacional, porque su origen se encuentra en la comunión trinitaria. El ser personal no es autosuficiencia cerrada, sino existencia recibida y entregada. La persona se comprende plenamente sólo cuando se descubre llamada a la comunión. Desde esta perspectiva, cualquier intento de dominar la estructura de la persona termina siendo una contradicción interna: intentar controlar aquello cuya esencia es precisamente la libertad que se dona.

Ambas visiones abren paso al contexto en el que debe situarse cualquier intento contemporáneo de comprender la formación personal como una unidad dinámica, tal cual lo hace la integración, pero es necesario dejar claro también el peligro de hacer visible la integración. Sí, cuando se intenta describir la arquitectura de la formación personal —las dimensiones que integran el crecimiento humano y los dinamismos por los cuales se influyen mutuamente—, tal cual lo hace la integración, aparece inevitablemente un peligro. El peligro consiste en confundir comprensión con dominio y pretender usar la integración precisamente para lo opuesto a su propósito originario: para colonizar a la persona vía esclavitud social.

Cada vez que el ser humano logra ver con mayor claridad la estructura de una realidad, la historia muestra una tentación recurrente: convertir ese conocimiento en un instrumento de poder. El siglo XX ofreció un símbolo extremo de esta lógica en el proyecto científico que liberó la fuerza nuclear, el *Manhattan Project*. Allí, una extraordinaria cooperación intelectual permitió descubrir y liberar una potencia inmensa de la naturaleza. Pero el conocimiento de la persona que hace posible la integración pertenece a un orden completamente distinto.

Si algún día investigadores, filósofos y educadores se reunieran para profundizar sistemáticamente en la arquitectura de la formación personal integrativa, como un *New Albor Project*, no puede ser para liberar una nueva forma de poder sobre el ser humano, sino para algo radicalmente distinto: para irradiar una mayor capacidad de formación humana que ha de formar haciendo posible que se pueda crecer más y más informados, conformados, transformados, reformados y performados según nuestra fraternidad, con espíritu de una persona viva,

La persona no se coloniza.
La persona no se domestica.
La persona se forma.

El conocimiento de la formación personal sólo es legítimo cuando se orienta hacia el crecimiento de la libertad, la dignidad y la comunión entre las personas. Cuando ese conocimiento se orienta en esta dirección, aparece una actitud que podría llamarse orgullo fraterno. No el orgullo que nace de la voluntad de dominar, sino el orgullo que nace de reconocer la grandeza de la vocación humana. Un orgullo que no busca elevarse sobre los demás, sino crecer con los demás. Este orgullo fraterno reconoce algo esencial: comprender mejor a la persona no nos convierte en sus dueños, sino en sus servidores más responsables. Y sólo desde esa actitud puede comenzar verdaderamente una nueva etapa de la reflexión sobre la formación personal humana.

Si el peligro del conocimiento moderno consiste en confundir comprensión con dominio, entonces el desafío de las ciencias humanas y sociales consiste en aprender a comprender para fraternizar. Comprender auténticamente a la persona no conduce al control, sino a una responsabilidad más profunda hacia su florecimiento. Cuando comprendemos mejor la naturaleza personal —su libertad, su interioridad, su vocación de comunión— aparece una tarea nueva: cultivar las condiciones sociales en las que las personas puedan crecer plenamente como personas.

En este sentido, el conocimiento de la formación personal no es un instrumento de poder, sino un instrumento de cultivo humano. Podría decirse con una imagen sencilla: la humanidad entera es un campo que todavía está aprendiendo a florecer. Comprender la estructura de la persona equivale a aprender mejor cómo cuidar ese campo para que dé fruto, incluyendo en como cultivarla verdaderamente, creando y generando comunión personal verdaderamente viva a la usanza de una *PrimaVera*: una primacía de la verdad que también es un *blooming new albor*.

El filósofo estadounidense Charles Sanders Peirce, creador del pragmatismo, la corriente filosófica americana más importante, afirmaba que la verdad no pertenece a una mente aislada, sino que emerge en el largo proceso de una comunidad de búsqueda que se corrige y se perfecciona a lo largo del tiempo. La verdad, en ese sentido, no es simplemente posesión; es un camino compartido. Esta intuición epistemológica encierra una intuición antropológica profunda: la inteligencia humana es intrínsecamente comunitaria. De manera semejante, la formación personal tampoco ocurre en aislamiento. La persona no se forma en el vacío; se forma dentro de un entramado de relaciones donde libertad, identidad y comunión se influyen mutuamente. En términos personalistas, la persona no se comprende plenamente como individuo aislado, sino como ser en relación.

Aquí convergen las intuiciones de Wojtyła y Ratzinger. Para Wojtyła, la persona se revela en la experiencia del acto libre que culmina en la autodonación. Para Ratzinger, la estructura última de la persona refleja el misterio trinitario: la existencia personal es relacional por origen y por vocación. La consecuencia social de esta antropología es decisiva. Si la persona está llamada estructuralmente a la comunión, entonces la sociedad no puede concebirse simplemente como un sistema de equilibrio entre intereses individuales. La sociedad humana es, en su forma más profunda, un espacio de crecimiento compartido en humanidad. Por eso, cuando profundizamos en la

naturaleza de la persona —en su dignidad recibida, en su libertad y en su vocación al amor— aparece una nueva tarea cultural: cultivar una cultura de nueva vida, una cultura donde el crecimiento personal de cada uno fortalece el crecimiento de todos. Podría llamarse a este horizonte un “*loved harvest*”: una cosecha de humanidad que brota cuando las personas crecen juntas en dignidad, libertad y comunión. Este horizonte permite releer también una de las afirmaciones más célebres de la tradición política moderna: la Declaración de Independencia de los Estados Unidos.

La Declaración de Independencia de Estados Unidos afirmó que todos los seres humanos han sido creados iguales y dotados por su Creador de derechos inalienables: “*We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain unalienable Rights, that among these are Life, Liberty and the pursuit of Happiness.*” Esta afirmación posee una profundidad que a menudo se pasa por alto. No afirma simplemente una igualdad jurídica; afirma una igualdad ontológica. Reconoce que la dignidad humana no es otorgada por el Estado ni por la sociedad, sino que pertenece a la persona por su misma condición de criatura. Sin embargo, la historia demuestra que esta intuición moral ha tardado mucho en desplegar todas sus consecuencias. La historia americana ha conocido momentos en los que ciertos grupos humanos fueron excluidos de la categoría de “iguales”: se ha negado la igualdad a los esclavos y a la raza negra, se ha negado igualdad a los Native American, se ha negado igualdad y se sigue negando igualdad a los pobres bajo el umbral de dignidad (bajo el *dignity line*), se niega igualdad a los *unborn* a los que se les aplica la *selección abortiva* en lugar de aplicárseles de forma inherente el derecho a la vida, se niega igualdad a los puertorriqueños, que viven como ciudadanos de segunda clase, con desigualdad de derechos y deberes totalmente normalizada y hasta constitucionalizada como ELA (se supone que el acrónimo signifique “Estado Libre Asociado”, pero también puede leerse como “Esclavos Libres Asociados”: somos un estado libre esclavo, vía esclavitud social, porque toda forma de colonialismo es esclavitud social y en Puerto Rico convergen todas las formas de colonialismo de América...) por más de cien años en la última colonia del continente americano...

El movimiento por los derechos civiles representó uno de los momentos en que esa promesa comenzó a realizarse con mayor claridad. Martin Luther King Jr. expresó esta aspiración con una claridad moral extraordinaria cuando proclamó su famoso sueño: una sociedad en la que la promesa de igualdad se convirtiera finalmente en realidad histórica. Sin embargo, la lógica del orgullo fraterno invita a profundizar aún más en esa intuición fundacional. La igualdad humana, cuando se comprende plenamente, conduce inevitablemente a la fraternidad. Si todos comparten la misma dignidad originaria, entonces todos comparten también una relación fraterna fundamental. Esto lleva a transformar la Declaración de Independencia en Declaración de Nueva Fraternidad que ponga fin legal a todo *social slavery* y a toda forma de colonización afirmando constitucionalmente la dignidad fraterna de todo ciudadano como inherente: la constitución civil ha de afirmar a todo ciudadano como persona con fraternidad inherente, con fraternidad inherente, llamado incondicionalmente a crecer en comunión.

La dignidad humana no es sólo igualdad. Es también ser en fraternidad. Cuando esta fraternidad es olvidada, surgen inevitablemente formas de colonización humana: dominación política, explotación económica o manipulación social. La colonización no siempre adopta la forma visible de imperios territoriales; puede aparecer también como colonización cultural o social, cuando las estructuras de poder reducen a la persona a medio para fines ajenos a su dignidad. Por esta razón, la superación de la colonización no es simplemente una cuestión política. Es una tarea civilizatoria.

La humanidad se encuentra todavía en tránsito entre dos grandes épocas: la era de la dominación y la era de la nueva fraternidad. Esto puede explicarse muy bien a la luz de lo que plantea *The End of the Modern World* de Guardini. Guardini escribe ese libro precisamente para describir una transición histórica profunda: el final de la modernidad y el nacimiento de una nueva época de la humanidad. La idea central es que el proyecto moderno —que comenzó aproximadamente con el Renacimiento y la Ilustración— está llegando a su límite.

Según Guardini, la modernidad se construyó sobre tres grandes convicciones:

1. El ser humano puede dominar la naturaleza mediante la razón y la ciencia.
2. La técnica permite controlar la realidad.
3. El progreso material traerá automáticamente progreso moral.

Este proyecto generó enormes avances: ciencia moderna, tecnología, producción industrial, control de fuerzas naturales... Pero también produjo algo que Guardini vio con enorme lucidez: la voluntad de poder técnico sobre el mundo. Es decir, el mundo dejó de ser algo que se contempla y se habita, para convertirse en algo que se manipula y se controla. Esto tiene tres consecuencias que Guardini denuncia:

- la naturaleza se vuelve objeto explotable
- las sociedades se vuelven sistemas de poder
- la persona misma corre el riesgo de ser tratada como objeto manipulable

Por eso él habla de una crisis del hombre moderno. En este sentido, la modernidad puede describirse como una civilización basada en la dominación:

- dominación técnica de la naturaleza
- dominación económica
- dominación política
- dominación ideológica

El siglo XX —con guerras mundiales, totalitarismos y tecnología destructiva— mostró el límite de ese paradigma. El título del libro no significa que el mundo se acabe, sino que termina una forma de entender la civilización. Guardini dice que las ideas modernas ya no pueden sostenerse:

- el progreso técnico no garantiza progreso moral

- el poder técnico puede destruir al ser humano
- las estructuras impersonales pueden aplastar la dignidad personal

Por eso afirma que estamos entrando en una época nueva, todavía incierta. Es un período de transición. Guardini piensa que el gran desafío de la nueva época será reconocer verdaderamente la dignidad de la persona. La humanidad tendrá que aprender algo que antes no había comprendido plenamente:

- el poder técnico debe estar subordinado a la persona
- la sociedad debe organizarse en torno a la dignidad humana
- la libertad debe ejercerse con responsabilidad moral

Es decir, el centro ya no puede ser el poder, sino la persona. Si el mundo moderno estuvo marcado por relaciones de poder, la nueva época tendrá que construir relaciones de persona a persona. Eso significa pasar de:

Era de la dominación

poder sobre otros

Manipulación

sistemas impersonales

control técnico

Era de la fraternidad

reconocimiento del otro

respeto

comunidad humana

responsabilidad moral

Guardini no usa exactamente la expresión “era de la fraternidad”, pero su diagnóstico apunta en esa dirección: la nueva época exigirá una ética personal más profunda, capaz de sostener el poder que la humanidad ha adquirido.

Guardini insiste en algo muy importante: *no estamos todavía en la nueva época*. Cuando él dice que “no estamos todavía en la nueva época”, está hablando desde alrededor de 1950, justo después de:

- la Segunda Guerra Mundial (1939–1945)
- el Holocausto
- el inicio de la era nuclear
- el comienzo de la Guerra Fría

Para Guardini, esos acontecimientos mostraban que la modernidad había llegado a su límite histórico. Cuando afirma que no estamos todavía en la nueva época, quiere decir que la humanidad está en una fase de transición. Es decir:

Etapas

Mundo moderno

Crisis del mundo moderno
(siglo XX)

Característica

fe en el progreso, dominio técnico de la naturaleza

guerras mundiales, totalitarismos, poder técnico
destructor

Etapas	Característica
Transición histórica	la humanidad posee enorme poder pero aún no tiene madurez moral suficiente
Nueva época futura	civilización basada en responsabilidad y dignidad de la persona

En 1950, Guardini creía que la humanidad estaba en el comienzo de la transición, no en la nueva civilización todavía. ¿Por qué no da una fecha? Guardini pensaba que los cambios de civilización toman siglos, no décadas.

Por ejemplo:

- la Edad Media tardó siglos en transformarse en la modernidad
- el mundo antiguo tardó siglos en transformarse en la cristiandad medieval

Por eso él dice que la nueva época todavía está gestándose, aunque yo también resaltaría a que lo que antes tomaba siglos hoy puede tomar mucho menos por lo rápido que se difunden las ideas y movimientos en este ocaso de la modernidad. Muchos pensadores actuales creen que la transición que Guardini describía sigue ocurriendo hoy, especialmente con fenómenos como globalización, revolución digital, inteligencia artificial, biotecnología, crisis ecológica, crisis de las instituciones modernas... Todo esto muestra que la estructura de la modernidad sigue transformándose, pero la nueva civilización todavía no está plenamente formada. Estamos entre dos mundos.

Por eso vemos simultáneamente:

- tecnologías extraordinarias
- crisis sociales profundas
- avances científicos enormes
- deshumanización en muchos ámbitos

Es el signo típico de una época de transición histórica.

Para Guardini, el gran problema no es la tecnología. El problema es si el ser humano madura lo suficiente para manejar su propio poder. La pregunta fundamental de la nueva era será: ¿puede el hombre usar el poder sin destruir al hombre?

Si la respuesta es sí, nacerá una civilización verdaderamente humana. Si la respuesta es no, el poder técnico podría volverse destructivo. La humanidad está saliendo de una civilización basada en el poder y la dominación, pero todavía no ha construido plenamente una civilización basada en la dignidad personal y la fraternidad. Estamos en el tránsito entre ambas. En *The End of the Modern World* el problema central de la nueva época no es simplemente tecnológico o político. El problema es espiritual y antropológico: la humanidad ha adquirido un poder enorme, pero todavía no ha madurado moralmente lo suficiente para sostener ese poder. Por eso Guardini pensaba

que el cristianismo sería decisivo para el futuro de la civilización. No porque vaya a dominar políticamente el mundo, sino porque ofrece la visión de la persona que puede impedir que el poder destruya al hombre cuando el poder técnico ha superado la madurez moral.

Guardini observa que la modernidad produjo un fenómeno nuevo en la historia: un poder humano sin precedentes. Ejemplos claros de esto lo son:

- control industrial de la naturaleza
- tecnologías capaces de alterar la vida
- armas de destrucción masiva
- estructuras políticas y burocráticas gigantes

El problema es que el crecimiento del poder fue más rápido que el crecimiento de la responsabilidad moral. Por eso Guardini advierte que la nueva época podría tomar dos caminos:

1. civilización verdaderamente humana
2. civilización de poder totalitario

La organización total del poder es un peligro. Guardini temía que la nueva época generara sistemas en los que:

- la técnica controla la vida humana
- el individuo queda subordinado al sistema
- el Estado o la ideología determinan todo

En otras palabras: una civilización perfectamente organizada, pero deshumanizada. El siglo XX ya había mostrado ese peligro:

- totalitarismos
- manipulación ideológica
- uso técnico de la propaganda
- reducción de la persona a función social

Guardini veía esto como la consecuencia extrema del espíritu de dominación moderno, y también aclara en el libro el qué puede impedirlo: una visión verdadera de la persona

Aquí entra el papel del cristianismo. El cristianismo introduce una idea radical: la persona humana tiene una dignidad absoluta que no depende del poder, del Estado ni de la utilidad. Esto cambia completamente la lógica de la civilización. Si la persona tiene dignidad inviolable, entonces:

- el poder tiene límites
- el Estado tiene límites
- la técnica tiene límites

- la economía tiene límites

Tal cual proclama la conciencia cristiana frente al poder, la persona no puede ser reducida a objeto. Guardini dice algo muy profundo: la nueva época necesitará personas capaces de resistir el poder. No con violencia, sino con conciencia. El cristianismo forma precisamente ese tipo de persona:

- alguien que sabe que su dignidad viene de Dios
- alguien que no se somete a lo inhumano
- alguien capaz de decir no cuando el poder viola la dignidad humana

Por eso Guardini pensaba que el cristianismo sería decisivo para el futuro de la humanidad. No como sistema político, sino como fuente de conciencia personal.

Guardini ve la historia entrando en una decisión profunda. La humanidad puede organizar el poder de dos formas:

Civilización de dominación

- técnica sin límites
- poder centralizado
- persona subordinada al sistema

o

Civilización verdaderamente humana

- poder subordinado a la dignidad humana
- responsabilidad moral
- reconocimiento de la persona

Para Guardini, el cristianismo revela algo decisivo: la persona no es simplemente individuo, sino ser llamado a comunión. Este es el núcleo de nueva fraternidad. Esto cambia el fundamento de la sociedad:

- no dominación
- no competencia absoluta
- sino relación personal

Por eso la visión cristiana abre el camino hacia una civilización de fraternidad auténtica. Por eso puede decirse que, según Guardini:

- la modernidad creó la civilización del poder
- la nueva época tendrá que crear la civilización de la persona

Y el cristianismo puede ser decisivo porque afirma que cada ser humano es persona, no objeto... y también porque la nueva época que está comenzando después de la modernidad tendrá una característica paradójica: será una época más peligrosa que la modernidad, pero también más abierta a la santidad. Esto parece contradictorio, pero para Guardini es precisamente la señal de que estamos entrando en una etapa más madura y más dramática de la historia humana.

Guardini dice que el mundo moderno vivía bajo ciertas ilusiones optimistas:

- la razón humana siempre produce progreso
- la ciencia conduce automáticamente al bien
- la técnica mejora la vida humana
- la civilización se vuelve cada vez más racional y pacífica

Estas ideas crearon lo que él llama el optimismo del progreso. Pero el siglo XX destruyó esas ilusiones:

- guerras mundiales
- genocidios
- totalitarismos
- tecnologías de destrucción masiva

La humanidad descubrió algo inquietante: la inteligencia humana puede organizar el mal con enorme eficacia.

Según Guardini, la nueva era ya no podrá vivir en esas ilusiones. La humanidad sabe ahora que:

- el progreso técnico puede destruir
- la organización racional puede oprimir
- la cultura avanzada no elimina la barbarie

Por eso la nueva época será más realista y más dramática. El ser humano tendrá que asumir conscientemente su libertad y su responsabilidad. El peligro aumenta porque aumenta el poder. Guardini insiste en que el poder humano seguirá creciendo:

- biotecnología
- manipulación genética
- sistemas tecnológicos globales
- control social mediante estructuras organizadas

Eso significa que el bien y el mal tendrán efectos mucho mayores. Un pequeño grupo humano puede afectar a millones de personas. Por eso la nueva época es más peligrosa, pero también aumenta la posibilidad de plenitud y santidad. Aquí aparece el punto sorprendente de Guardini: cuando desaparecen las ilusiones culturales, la fe

puede volverse más pura y más consciente. En la cristiandad tradicional muchas personas creían porque:

- la sociedad era cristiana
- la cultura era cristiana
- las instituciones eran cristianas

Pero en la nueva época eso ya no existe. Entonces la fe solo puede surgir de una decisión personal auténtica. Guardini piensa que esto puede producir cristianos más conscientes y más libres.

La fe del futuro no será cultural ni automática. Será una fe elegida, consciente y responsable. Es decir, una fe más profundamente personal. Y precisamente por eso puede producir mayor santidad.

Guardini observa algo importante en la historia cristiana: muchos de los grandes santos aparecen en épocas de crisis, porque cuando el mundo se vuelve más oscuro:

- la fe se vuelve más luminosa
- el testimonio cristiano se vuelve más radical
- la santidad se vuelve más visible

Por eso la nueva época, aunque peligrosa, puede ser una época de gran santidad que ayudará a la humanidad a elegir el camino de una civilización que deje atrás la dominación (la era de la colonización) para abrir paso a una nueva era de nueva fraternidad, a una nueva civilización del Amor centrada en la persona.

Así pues, tal cual ya se señaló antes, Guardini ve el futuro de la humanidad como una tensión entre dos posibilidades:

Civilización del poder

- técnica sin límites
- control total
- persona reducida a función

o

Civilización de la persona

- dignidad humana inviolable
- responsabilidad moral
- comunión entre personas

El resultado dependerá de la madurez moral y espiritual de la humanidad... y la cristiandad puede ser decisiva para ayudar a la humanidad a crecer en madurez moral

y espiritual cuando la historia entra en una etapa más dramática, pero también más profunda.

Muchos pensadores creen que Guardini anticipó con décadas de anticipación el mundo tecnológico actual (internet, algoritmos, control social, biotecnología). Su análisis resulta sorprendentemente profético. Muchos estudiosos consideran que Guardini fue sorprendentemente profético en *The End of the Modern World*, porque escribió sus reflexiones antes de internet, antes de la inteligencia artificial y antes de la biotecnología moderna, pero describió dinámicas que hoy vemos claramente. No es que predijera tecnologías concretas; lo que hizo fue analizar la lógica espiritual y cultural de la técnica moderna. Esa lógica es la que hoy se ha desarrollado plenamente.

Guardini dice que la nueva época tenderá hacia sistemas gigantes de organización técnica. En lugar de sociedades formadas por comunidades pequeñas y orgánicas, aparecerán estructuras enormes:

- burocracias
- sistemas administrativos
- redes técnicas
- organizaciones globales

Hoy vemos exactamente eso:

- plataformas digitales globales
- sistemas de datos que organizan la vida social
- redes tecnológicas que estructuran la comunicación humana

La vida cotidiana está cada vez más mediada por sistemas técnicos organizados.

Guardini advirtió que el peligro de estos sistemas es que la persona puede convertirse en una pieza funcional dentro de una estructura impersonal. En vez de ser reconocida como persona única, puede ser tratada como:

- usuario
- número
- perfil
- unidad estadística

Esto anticipa muchas discusiones actuales sobre:

- vigilancia digital
- algoritmos que clasifican personas
- decisiones automáticas sobre individuos
- manipulación de comportamiento mediante datos

Guardini temía precisamente eso: una civilización perfectamente organizada pero poco humana. Guardini también observó que el proyecto moderno busca controlar completamente la naturaleza. Esto hoy se ve en campos como:

- ingeniería genética
- manipulación de embriones
- modificación de ecosistemas
- inteligencia artificial

La técnica ya no solo transforma el entorno; empieza a transformar la propia vida humana. Ese es exactamente el tipo de poder que Guardini pensaba que obligaría a la humanidad a tomar decisiones morales profundas.

Otro punto importante de Guardini es que la técnica puede crear un mundo artificial que separa al ser humano de la realidad viva. En el pasado, la vida humana estaba más conectada con:

- la naturaleza
- el trabajo manual
- las relaciones directas entre personas

Hoy gran parte de la vida ocurre dentro de entornos tecnológicos:

- pantallas
- redes digitales
- mundos virtuales
- comunicación mediada por sistemas

Esto produce nuevas formas de experiencia humana que Guardini intuía cuando hablaba del “mundo técnico organizado”. Precisamente por todo esto, Guardini insistía en que el gran problema de la nueva época no sería técnico, sino moral. La humanidad tendrá un poder tan grande que necesitará una ética más profunda. La pregunta decisiva será: ¿Quién controla el poder técnico y según qué principios? Si ese poder se usa sin conciencia moral, puede volverse destructivo. Si se usa con responsabilidad personal, puede servir al bien humano.

Muchos filósofos actuales consideran que Guardini fue uno de los primeros en comprender que la técnica moderna no es solo una herramienta. Es una forma nueva de organizar la realidad y la sociedad. Por eso sus preguntas siguen siendo actuales:

- ¿cómo preservar la dignidad de la persona en sistemas técnicos gigantes?
- ¿cómo impedir que la organización técnica domine al ser humano?
- ¿cómo usar el poder sin destruir lo humano?

También ayudó a pensar los desafíos espirituales del mundo tecnológico que hoy estamos viviendo, especialmente en el tema de la responsabilidad fraterna, el deber ser

responsables del crecimiento en comunión: Guardini pensaba que la categoría central de la nueva época no sería “progreso”, sino “responsabilidad”. En *The End of the Modern World*, él explica que la palabra que definía la modernidad era progreso, pero la palabra que deberá definir la nueva época será responsabilidad. Este cambio es muy profundo, porque implica un cambio completo en cómo la humanidad se entiende a sí misma.

Durante varios siglos la civilización occidental creyó en una idea muy fuerte: la historia avanza automáticamente hacia algo mejor. Se pensaba que:

- más ciencia = más verdad
- más técnica = mejor vida
- más organización racional = sociedades más justas

Es decir, el progreso material se veía como garantía de progreso humano. Esta noción incluso puede verse en la noción tradicional de sueño americano, que se entiende meramente como prosperidad material. Esta confianza estructuró toda la cultura moderna.

Guardini observa que el siglo XX rompió la ilusión del progreso automático, destruyó esa confianza. La humanidad descubrió que:

- la ciencia puede servir al mal
- la técnica puede destruir ciudades
- la organización racional puede producir sistemas totalitarios

El progreso técnico no garantiza progreso moral. Por eso el concepto de progreso ya no puede ser el centro de la civilización. El verdadero problema estriba en que el poder humano ha crecido enormemente. La modernidad produjo algo completamente nuevo en la historia: un poder humano gigantesco. Por ejemplo:

- control industrial de la naturaleza
- energía nuclear
- manipulación biológica
- sistemas tecnológicos globales

La humanidad ahora tiene poder para:

- alterar ecosistemas
- destruir civilizaciones
- transformar la vida humana misma

Nunca antes había ocurrido algo así. Por eso la nueva categoría debe ser responsabilidad. Si el poder humano crece tanto, entonces la pregunta central ya no es: ¿podemos hacerlo? La pregunta central se vuelve: ¿debemos hacerlo? Ese cambio marca el paso de la mentalidad de progreso a la mentalidad de responsabilidad, que en

la integración se plasma en el deber de seguir en todo momento la dirección comunitaria que salvaguarda la fraternidad inherente. La humanidad debe aprender a limitarse moralmente. Sí, la responsabilidad exige madurez personal. Para Guardini, la responsabilidad no puede ser solo técnica o administrativa. Tiene que ser personal. Eso significa que las decisiones que afectan al mundo deben tomarse desde:

- conciencia moral
- respeto por la dignidad humana
- responsabilidad ante la verdad
- responsabilidad ante Dios

La nueva época requerirá personas más maduras.

He aquí el gran desafío de la nueva civilización. Guardini plantea una pregunta decisiva: ¿puede el ser humano ejercer un poder inmenso sin perder su humanidad? Si no aprende responsabilidad, el poder técnico puede producir:

- dominación total
- manipulación de la persona
- destrucción de la vida

Pero si aprende responsabilidad, ese poder puede servir para:

- proteger la vida
- mejorar la justicia
- cuidar el mundo

Guardini piensa que la responsabilidad verdadera solo es posible cuando el ser humano reconoce algo más alto que su propio poder. Es decir, cuando reconoce:

- la dignidad inviolable de la persona
- el orden moral de la realidad
- la relación con Dios

Ese reconocimiento limita el poder humano y lo orienta hacia el bien. Por eso Guardini ve la transición histórica así:

Modernidad

progreso automático
confianza en la técnica
dominio del mundo
poder humano creciente

Nueva época

responsabilidad consciente
conciencia moral
cuidado del mundo
madurez humana necesaria

La humanidad ya no puede confiar en que la historia avance sola. Ahora debe hacerse responsable de su propio poder. La integración hace posible asumir dicha

responsabilidad desde una formación personal afirmada antropológicamente en una comprensión de la persona verdaderamente encarnada en la comunión. Precisamente, para entender el problema que señalaba Guardini en *The End of the Modern World*, muchos filósofos posteriores han dicho que la crisis de la modernidad no fue principalmente tecnológica, sino antropológica.

Es decir: el problema no fue la técnica en sí misma, sino una comprensión incompleta de qué es la persona humana. A partir de ahí podemos ver por qué proponer la integración como modelo de formación personal apunta precisamente al núcleo del problema histórico de la modernidad: la raíz de la crisis moderna: una antropología incompleta. Aunque la modernidad desarrolló enormemente la ciencia, la técnica y la organización social, no desarrolló suficientemente una comprensión profunda de la persona. La modernidad tendió a entender al ser humano como:

- individuo autónomo
- sujeto racional
- agente económico
- unidad funcional dentro de sistemas sociales

Todas estas dimensiones son reales, pero no agotan lo que es la persona. Cuando la persona se reduce a estas funciones, la civilización tiende a producir:

- dominación técnica
- dominación económica
- dominación política
- manipulación social

En otras palabras, surge una civilización de poder.

Guardini insiste en algo fundamental: la persona humana no puede ser tratada como objeto manipulable, no es un objeto del sistema. La persona es irrepetible, libre, responsable, llamada a la verdad y al amor. Cuando una civilización pierde esta visión, inevitablemente aparece la despersonalización. Esto se manifiesta en muchas formas:

- burocracias impersonales
- ideologías que absorben al individuo
- economías que reducen la persona a recurso
- tecnologías que convierten al ser humano en dato

Esto es lo que muchos pensadores han llamado la crisis antropológica de la modernidad.

Por eso Guardini piensa que la nueva época histórica requerirá algo que la modernidad no logró plenamente: una comprensión más completa de la persona humana. La nueva época exige una antropología más profunda. La nueva civilización, una nueva civilización del Amor, deberá organizarse no alrededor de:

- el poder
- la técnica
- la eficiencia

sino alrededor de la persona. Esto significa reconocer que la persona tiene una estructura profunda que incluye:

- identidad
- libertad creadora
- apertura a la comunión

Si la crisis es antropológica, entonces la solución también lo es, y ahí entra la formación personal como fundamento de la civilización. No basta con cambiar sistemas políticos, estructuras económicas, tecnologías... La humanidad necesita un desarrollo más pleno de la persona. Es decir: formación personal verdadera. Una civilización verdaderamente humana depende de personas que:

- se conocen a sí mismas
- ejercen su libertad responsablemente
- viven en relación auténtica con los demás

Sin formación personal, el poder técnico siempre terminará dominando. Aquí aparece la importancia social y civil de la integración: esta propuesta de la integración como modelo de la formación personal responde exactamente a esta crisis. La integración afirma que la persona no es una pieza aislada ni una función social, sino una realidad dinámica que se forma en interacción de sus dinámicas fundamentales. Ese proceso incluye:

- identidad (reconocimiento del ser personal)
- creatividad (capacidad de acción y realización)
- comunión (apertura relacional y don personal)

Cuando estas dimensiones se integran, la persona madura y se vuelve capaz de ejercer su libertad sin dominar a otros. Esto es crucial, porque la dominación surge cuando la persona:

- no está integrada interiormente
- no ha desarrollado su libertad responsable
- no ha aprendido a vivir en comunión

La integración forma personas capaces de usar el poder sin convertirlo en dominación, capaces de pasar del afán de poder a la fraternidad responsable, pues una civilización centrada en la persona no se organiza alrededor del control o del dominio: se organiza alrededor de la relación entre personas. Esto implica pasar de una lógica histórica basada en dominación, colonización, explotación... a una lógica basada en

reconocimiento, cooperación, fraternidad... La fraternidad no es simplemente un ideal moral: es la consecuencia social de reconocer plenamente la persona.

Aquí se abre un paso histórico enorme. Si la humanidad logra asumir plenamente la dignidad de la persona, puede abrirse un nuevo momento histórico en el que:

- la técnica sirve a la persona
- la economía sirve a la vida humana
- la política protege la dignidad personal
- la sociedad se organiza en relaciones de fraternidad

Este sería el verdadero fin de la lógica histórica de la dominación.

Sí, la humanidad se encuentra todavía en tránsito entre dos grandes épocas. Durante siglos ha predominado la era de la dominación, marcada por:

- colonización política
- esclavitud social
- explotación económica
- poder técnico sin responsabilidad suficiente

Pero la crisis de la modernidad ha mostrado los límites de esa civilización. La nueva época exige una comprensión más profunda de la persona humana y donde la integración como modelo de formación personal abre una posibilidad histórica decisiva, porque la integración no es simplemente un método pedagógico: es un camino antropológico para formar personas capaces de libertad responsable y de comunión. Cuando la formación personal madura en esa dirección, se vuelve posible algo nuevo en la historia: una civilización centrada en la persona. Una civilización en la que el poder se subordina a la dignidad humana. Una civilización en la que las relaciones sociales no se fundan en la dominación sino en el reconocimiento mutuo.

En ese sentido, la integración abre paso a un verdadero cambio de época: el fin de la era de la colonización y el comienzo de una nueva era de nueva fraternidad. Una civilización del amor, en la que la persona se realiza plenamente no dominando al otro, sino entrando en comunión con él.

¡Por supuesto que semejante cambio climático en el clima de la humanidad hacia una nueva era de nueva fraternidad tiene potencia de paso histórico, que ha de darse con mucho orgullo fraterno!

Las civilizaciones necesitan símbolos para marcar estos pasos históricos. Uno de los símbolos más potentes en la historia reciente, muy en concreto en Martin Luther King Jr, ha sido el cruce de puentes en las marchas por los derechos civiles. Cruzar un puente significaba atravesar una frontera moral: dejar atrás una forma de injusticia para entrar en una forma más alta de convivencia.

Desde la perspectiva del orgullo fraterno, podría imaginarse un gesto simbólico semejante para nuestro tiempo. Ha de imaginarse una caminata de nueva fraternización en la que personas de diversas culturas y tradiciones crucen juntas un puente como signo visible de una decisión común: abandonar definitivamente la lógica de la colonización y comenzar una nueva etapa histórica fundada en la fraternidad. Somos creados para la comunión, hemos sido creados para caminar juntos de la mano como hermanos, tal cual ha de suceder en al cruzar el *dignity line* de la caminata de nueva fraternización: cuando se cruce la línea de "meta" de la caminata de nueva fraternización lo que se cruza es el *dignity line*, como signo de aspirar a una sociedad donde se honre la dignidad de todos, evitando el terror de imponerse vía violencia, colonización, esclavitud social... y ese *dignity line* ha de cruzarse tomados de la mano como familia humana fraterna, como *beloved community* fraterno (puede ser que con quien toque cruzar la meta sea con personas que no conozcas, pero cruzan esa *dignity line* juntos de la mano como hermanos del *beloved community* que comenzó a construir Martin Luther King Jr. y que hace posible este *new albor blooming* como *lovelful human family*, como nueva civilización del Amor que dice no a todo fratricidio y si a afirmar la dignidad de todos como ciudadanos que son incondicionalmente persona, venciendo absolutamente toda quiebra de comunión —incluyendo al terrorismo social que se está venciendo aquí de la misma forma que se venció a la segregación racial y a la discriminación contra los homosexuales— al transformarla en irradiación de crecimiento en comunión que sana, en irradiación de mas y más crecimiento en comunión más y más plena... Ojo: *dignity line* es en estos momentos (como se explicará en los próximos ensayos) tanto la línea en la que se ha de honrar la vida incondicionalmente (a partir de que hayan células neuronales hay organismo, por lo tanto a partir de ese punto no hay aborto posible) y también es el salario mínimo con el cual una persona puede sostenerse viviendo con dignidad en una jurisdicción concreta (esto no es el salario mínimo según el *poverty line*: es el salario mínimo con el cual una persona puede sostenerse como familia que vive con dignidad). Eso es lo que evita desde la raíz que surja violencia fratricida y quiebras de comunión que desgarran a la persona y a la humanidad como familia: que todos puedan vivir con dignidad, creciendo juntos en comunión, caminando juntos como hermanos dignos, felices, amados, plenos, santos, iguales, libres... Cruzar ese *fraternal dignity line*, cruzar esa *línea de dignidad fraterna* en cada caminata de nueva fraternidad, es todo un signo de paz que viene de lo alto y que se irradia desde dentro, desde una formación personal que crece más y más plenamente en comunión: *yes, we can grow best!*

Tal gesto no sería meramente político. Sería profundamente antropológico: una afirmación pública de que la humanidad decide reconocerse a sí misma como comunidad de personas iguales en dignidad y unidas por una fraternidad fundamental.

De manera análoga, las civilizaciones también celebran sus intuiciones morales mediante fiestas y conmemoraciones. Podría imaginarse, en ese sentido, una celebración anual que exprese este nuevo horizonte histórico: un *Loveful Fest* celebrado en la ciudad de Los Ángeles, símbolo contemporáneo de diversidad cultural y encuentro de pueblos. Ese encuentro ha de converger en torno a un futuro Santuario del Divino Amor, como lugar espiritual que recuerde la vocación última de la persona: el

amor que funda la comunión. La celebración de este festival ha de culminar cada 4 de julio, transformando la memoria de la Declaración de Independencia en una celebración de Declaración de Nueva Fraternidad más profunda: la celebración del crecimiento continuo de la humanidad en comunión cada vez más plena... porque la independencia política, en su sentido más profundo, sólo alcanza su plenitud cuando conduce a la fraternidad civilizatoria, a una nueva civilización del Amor.

Podría seguir mencionando más ejemplos de creatividad cultural que plasman cultura de nueva vida siguiendo la dirección comunión que nos corresponde seguir a todos según nuestra fraternalidad inherente. Por ejemplo: El terrorismo social aniquila el respeto incondicional a la persona en cuanto ser quien es, porque convierte la dimensión social en transacción de violencia fratricida... Ante eso hay que decir, en conciencia y en acción: no, la violencia fratricida no lleva a ninguna parte buena, lo que es capaz de transformar al mundo es el Amor, es el tener un corazón grande para Amar, es dejarnos engrandecer el corazón de tal forma que absolutamente todo pueda ser transformado en irradiación de nueva vida que adore a Dios Amor con todo el crecimiento, perdonando y ayudándonos a crecer como hermanos, creciendo juntos en comunión... Como el girasol es un signo de crecimiento en comunión (los girasoles siguen al sol como nosotros hemos de seguir el haz encendido del crecimiento en comunión que viene de lo alto), es muy hermoso dejar un girasol por cada persona en el monumento de las Torres Gemelas, como lección viva a la humanidad de esas estrellas que ahora brillan en el Cielo, de la misma forma que todos somos llamados a brillar como estrellas del Cielo que crecen en comunión: todo, absolutamente todo, puede ser transformado en irradiación de nueva vida en el Amor... También se pueden dejar girasoles en donde se entierren cristianos perseguidos en Nigeria, y en todo lugar donde se viole la dignidad de la humanidad como familia fraterna. Un girasol con un lazo de cinta blanca con growtcha (pintura salpicada de colores del arcoiris) es un hermoso signo de paz como familia humana fraterna, también ante el terrorismo social: es un signo de la paz fraterna que viene de lo alto y que es irradiada por el Divino Amor a todos como lluvia que todo lo empapa, la paz que hace posible que todos puedan crecer como hermanos...

Es en ese horizonte de paz puede formularse un sueño que prolonga, sin reemplazarlo, el sueño proclamado por Martin Luther King Jr.: *We have a dream: a new American dream full of fraternal pride*. Un sueño americano en el que cada persona pueda progresar convirtiéndose en la mejor persona que puede ser, mientras todos crecemos hacia convertirnos en el mejor "*We, the People*" que podamos ser.

En última instancia, el peligro más profundo que enfrenta la humanidad no es sólo el poder técnico ni siquiera las crisis ecológicas. El peligro más profundo es la erosión de la fraternidad humana. Y, por esa misma razón, la esperanza más grande de la humanidad consiste en algo profundamente sencillo y radical: crecer juntos en una comunión cada vez más plena. Entonces el nuevo sueño americano también se hace una nueva esperanza americana que se irradia a toda la humanidad: ese crecimiento compartido es el verdadero nuevo albor hacia el que la historia humana parece orientarse.

Es aquí donde aparece con claridad una convicción fundamental: la única vía hacia un nuevo albor para la humanidad es la vía del orgullo fraterno. No se trata del orgullo que busca elevarse sobre los demás ni del orgullo que nace de la competencia o de la dominación. El orgullo fraterno es de otra naturaleza. Es el orgullo sereno de reconocer la grandeza de la vocación humana y de alegrarse de cultivarla juntos. El orgullo fraterno consiste en estar orgullosos de aquello que nos ayuda a crecer más y más en comunión. Consiste en valorar, proteger y promover todo aquello que permite que las personas crezcan como personas: la dignidad, la libertad, la responsabilidad y el amor que funda la fraternidad.

A lo largo de este ensayo hemos visto que uno de los mayores peligros del conocimiento moderno es convertir la comprensión en dominio. Cuando esto ocurre, la persona corre el riesgo de ser tratada como objeto manipulable dentro de sistemas de poder. Pero la comprensión auténtica de la persona conduce en la dirección contraria: conduce a una responsabilidad más profunda por su formación.

Las intuiciones filosóficas de pensadores como Guardini, Wojtyła, Ratzinger, Peirce... convergen en una misma dirección: la persona humana no se comprende plenamente como objeto aislado, sino como ser llamado a la verdad, a la libertad y a la comunión. Desde esta perspectiva, el progreso humano no puede medirse únicamente por el poder técnico ni por el crecimiento económico. El progreso auténtico consiste en algo mucho más profundo: el crecimiento de la humanidad en fraternidad.

Por eso, la historia de la civilización puede entenderse también como un largo tránsito desde estructuras de dominación hacia formas cada vez más amplias de comunión humana. Cada vez que la humanidad ha avanzado en esa dirección —desde la abolición de la esclavitud hasta el reconocimiento de los derechos civiles— lo ha hecho gracias a personas capaces de afirmar con valentía la dignidad fraterna de todos. En este sentido, el legado de Martin Luther King Jr. continúa iluminando el horizonte moral de nuestra época. Su llamado a soñar con una sociedad donde todos sean reconocidos en su dignidad no era simplemente una aspiración política; era una afirmación profundamente humana: la humanidad sólo se realiza plenamente cuando aprende a caminar como comunidad de hermanos. Sin embargo, esta intuición moral exige también una consecuencia histórica clara: para que pueda comenzar una nueva era de fraternidad, la era de la colonización debe terminar. Toda forma de colonización —ya sea política, económica o social— contradice la dignidad fraterna de la persona. La colonización ocurre siempre que la formación personal de los seres humanos es subordinada a sistemas de poder que los reducen a instrumentos: instrumentos de dominación política, de beneficio económico o de control social. Por eso, la era de la colonización no terminará verdaderamente hasta que las sociedades reconozcan constitucionalmente a todos los ciudadanos como personas con fraternidad inherente, portadoras de derechos humanos y fraternos inalienables.

Este reconocimiento exige un paso adicional respecto a la conciencia moral del siglo XX. Después de las devastaciones de la guerra, la humanidad logró formular con claridad el principio de los derechos humanos universales. Ese reconocimiento

constituyó uno de los grandes avances morales de la historia moderna, pero el desarrollo de la conciencia humana parece pedir ahora una profundización: el reconocimiento explícito de derechos universales fraternos, que afirman la fraternidad inalienable de todo ser humano. Los derechos universales fraternos proclaman que cada persona no sólo posee dignidad individual, sino que pertenece a la comunidad humana como hermano o hermana, llamado a desplegar plenamente su vida como la mejor persona que puede llegar a ser. Cada ser humano tiene derecho a ser reconocido incondicionalmente como él o ella misma creciendo juntos en comunión, sin ser reducido a categorías ideológicas, económicas o utilitarias. Cada persona está llamada a florecer en humanidad y fraternidad, en humanidad fraterna, y ese florecimiento sólo puede realizarse plenamente cuando ocurre junto a otros, creciendo juntos en comunión, conectados juntos como hermanos. Reconocer estos derechos implica reorganizar la vida social de manera que favorezca ese florecimiento compartido y conectado. Las instituciones políticas, económicas y culturales deben orientarse a crear condiciones donde cada persona pueda crecer plenamente en humanidad, mientras se contribuye al crecimiento de todos en comunión.

Aquí aparece el significado histórico más profundo del modelo integrativo de la formación personal. La integración, correctamente comprendida, no es un instrumento de manipulación de la persona ni de colonización personal. Es un método para comprender la formación humana como unidad viva, donde las dimensiones orgánica, ontológica y relacional de la persona se influyen mutuamente en un dinamismo orientado hacia la interacción que crece en comunión. Cuando este modelo se profundiza socialmente —cuando las ciencias humanas, la educación, la economía y la política comienzan a comprender a la persona desde esta arquitectura de formación— ocurre algo importante: se vuelve cada vez más difícil justificar cualquier forma de colonización de la vida humana. La integración revela que la formación personal no puede ser legítimamente colonizada, porque la persona no es un objeto de producción ni de control. La persona es un ser llamado a crecer desde dentro, en libertad y en comunión. Por eso, la profundización social del método integrativo tiene la capacidad de desactivar las estructuras de colonización que han marcado tantas etapas de la historia humana. Puede ayudar a superar la colonización económica, cuando sistemas económicos reducen a las personas a meros instrumentos de beneficio —como ocurre en formas de capitalismo predatorio—. Puede ayudar a superar la colonización política, cuando pueblos enteros permanecen privados de su plena dignidad política —como sucede en el caso de Puerto Rico—. Y puede ayudar a superar múltiples formas de esclavitud social, cuando estructuras culturales moldean la vida humana de manera que impiden el verdadero florecimiento personal.

En este sentido, la integración no es simplemente un modelo teórico de formación personal. Puede convertirse en un principio civilizatorio: un modo de comprender y organizar la vida social que haga cada vez más imposible la colonización de la persona. Cuando la formación personal se comprende en su unidad y en su orientación hacia la comunión, las estructuras sociales comienzan a transformarse. La dominación deja de aparecer como progreso. La explotación deja de aparecer como eficiencia. Y la fraternidad comienza a aparecer como el verdadero horizonte del desarrollo humano.

Por eso puede decirse que la profundización social del sentido de ser persona —tal como lo ilumina el modelo integrativo— tiene la capacidad de ayudar a cerrar la larga era de la colonización humana y abrir una nueva etapa de la historia: la era de la fraternidad.

Este es también un camino afirmativo de paz, porque la paz auténtica no consiste simplemente en la ausencia de conflicto. La paz verdadera surge cuando la dignidad de cada persona es reconocida y protegida, cuando las sociedades se organizan de manera que todos puedan crecer como la mejor persona que pueden llegar a ser. No puede haber paz verdadera mientras la dignidad de algunos sea negada. No puede haber paz auténtica mientras existan estructuras que impidan a las personas desplegar plenamente su humanidad. La paz exige algo más profundo: que cada persona sea reconocida como alguien llamado a desplegar plenamente su vida humana, y que la comunidad entera se organice para hacer posible ese crecimiento compartido. En otras palabras, la paz exige que cada persona pueda convertirse en la mejor persona que puede ser, mientras juntos nos convertimos en el mejor “*We, the People of the New Albor*” que estamos llamados a ser caminando juntos como hermanos.

Ese es el horizonte hacia el cual apuntan todas las reflexiones de este ensayo. Los símbolos mencionados —el cruce de puentes hacia una nueva fraternización, el abandono de las estructuras de colonización, la celebración de la comunión humana...— expresan una intuición más profunda: *el futuro de la humanidad dependerá de su capacidad para cultivar conscientemente la responsabilidad fraterna*. Tras toda una era de aborto social normalizado vía *Planned Parenthood* que seleccionaba quién merecedor del derecho a la vida y quién no, colonizando a muerte vía aborto selectivo a quienes no fueran considerados con derecho a vivir, es hora de hablar de *Planned Fraternity*, creando deliberadamente estructuras y sistemas —como la integración— que abran caminos de crecimiento en comunión fraterna más y más plena. Porque la fraternidad no es simplemente un sentimiento espontáneo. Es una cultura que debe ser aprendida, protegida y cultivada como *selección fraterna*: el deber de elegir una y otra vez lo que ayude a crecer juntos en más y más dirección comunión, lo que ayude a crecer más y más como hermanos.

Aquí aparece nuevamente el sentido del orgullo fraterno. El orgullo fraterno es la decisión consciente de honrar aquello que nos hace crecer juntos como hermanos. Es la decisión de afirmar públicamente que la grandeza humana no consiste en dominar, sino en crecer juntos en humanidad. Podría expresarse de manera sencilla: *la humanidad florece cuando aprende a estar orgullosa de aquello que la hace más fraterna*. Por ello, si la humanidad desea avanzar hacia una civilización verdaderamente humana, la tarea fundamental será cultivar cada vez más aquello que fortalece la comunión entre las personas.

Más justicia que exclusión.
Más cooperación que dominación.
Más fraternidad que miedo.

En esa dirección se encuentra la única vía auténtica hacia el nuevo albor. Una vía que no se construye con armas ni con sistemas de control, sino con algo mucho más poderoso: la convicción compartida de que somos llamados a caminar juntos como hermanos.

Ese camino tiene un sueño que cada cual ha de elegir vivir a la usanza de un nuevo sueño americano:

We have a dream, a fraternal pride dream...

Ese camino tiene un nombre:

Orgullo fraterno.